

Destierros y desarraigos

Destierros y desarraigos



**Memorias
del II Seminario
Internacional
Desplazamiento:
implicaciones
y retos para la
gobernabilidad,
la democracia
y los derechos
humanos**

**Bogotá, Colombia,
4, 5 y 6 de
septiembre
de 2002**

**Serie
Documentos
de Análisis
II**



**Consultoría para los Derechos
Humanos y el Desplazamiento**



**Organización Internacional
para las Migraciones**

Destierros y desarraigos

Destierros y desarraigos

Memorias del II Seminario Internacional

Desplazamiento: implicaciones y retos
para la gobernabilidad, la democracia
y los derechos humanos



Consultoría para los Derechos
Humanos y el Desplazamiento



Organización Internacional
para las Migraciones

Destierros y desarraigos
Memorias del II Seminario Internacional
Desplazamiento: implicaciones y retos
para la gobernabilidad, la democracia
y los derechos humanos

© Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, CODHES
ISBN:

Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento
Jorge Enrique Rojas Rodríguez
Presidente
Harvey Danilo Suárez Morales
Director

Organización Internacional para las Migraciones
Diego Beltrand
Jefe de Misión

Coordinación logística del Seminario
Nubia Pedraza Palacios

Coordinación editorial, edición, diseño y diagramación
Beatriz Peña Trujillo

Fotografía de la carátula
Miguel Gallardo

Impresión
Grafiq Editores Ltda.

Bogotá, marzo de 2003

Contenido

Prólogo <i>Diego Beltrand</i> _____	9
Agradecimientos _____	13
Presentación <i>Marco Alberto Romero</i> _____	15
INSTALACIÓN DEL SEMINARIO	
Palabras de Ingemar Cederberg, Ministro Consejero de la Embajada de Suecia _____	23
Palabras de Francisco Galindo Vélez, Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en Colombia _____	25
Palabras de Marcelo Pisan, Jefe de Misión Adjunto de la Organización Internacional para las Migraciones _____	29
Retos de la política de atención integral a la población desplazada en 2002-2006 <i>Luis Alfonso Hoyos Aristizábal</i> Director General de la Red de Solidaridad Social _____	33

Una sociedad en medio del colapso
Jorge Rojas Rodríguez
Presidente de la Consultoría para
los Derechos Humanos y el Desplazamiento_____ 41

Mensaje de Francis M. Deng,
Representante del Secretario General
de las Naciones Unidas para los Desplazados Internos_____ 59

Saludo de Eduardo Cifuentes,
Defensor del Pueblo_____ 65

DESPLAZAMIENTO, TERRITORIALIDAD Y EXCLUSIÓN

El territorio como elemento fundamental
de la resistencia al desplazamiento forzado
de los pueblos indígenas de Colombia
*Jaime Enrique Arias*_____ 71

Aplazados y desplazados
–Violencia, guerra y desplazamiento:
El trasfondo cultural del destierro y la exclusión–
*Harvey Danilo Suárez*_____ 81

GOBERNABILIDAD DEMOCRÁTICA, DESPLAZAMIENTO Y DERECHOS HUMANOS

Colombia: ¿La injusticia causa violencia?
Las políticas de la democracia, la guerra
y el desplazamiento forzado
*Marc W. Chernick*_____ 123

Esta guerra no se gana a bala
*Gustavo Gallón Giraldo*_____ 159

Pactos sociales en el departamento
del Putumayo, Colombia, 2000-2002
*Edér Jair Sánchez Zambrano*_____ 175

Desplazamiento forzado, conflicto
y ciudadanía democrática
*Marco Alberto Romero*_____ 183

CONFLICTO ARMADO, CAMBIOS SOCIODEMOGRÁFICOS Y POLÍTICAS PÚBLICAS

Balance de las políticas de atención
a la población desplazada (1998-2000)
*Patricia Luna y Robin Hissong*_____ 231

Desplazamiento forzoso, políticas
externas y Comunidad Internacional
*Sheila Gruner*_____ 253

Desplazamiento forzado y reconfiguraciones
urbanas: Algunas preguntas para
los programas de restablecimiento
*Gloria Naranjo Giraldo y Deicy Hurtado Galeano*_____ 271

La política pública de atención a la población
desplazada y la necesidad de incorporar un enfoque
de derechos en su formulación y su ejecución
*Andrés Celis*_____ 289

CONTENIDOS Y DILEMAS DE LA ACCIÓN HUMANITARIA

Contenidos y dilemas de la ayuda humanitaria:
Una perspectiva psicosocial crítica
*Carlos Martín Beristain*_____ 313

Contenidos y dilemas de la acción humanitaria <i>Rikard Nordgren</i>	327
---	-----

DESPLAZAMIENTO Y REFUGIO.

EXPERIENCIAS INTERNACIONALES EN CONFLICTO Y POSTCONFLICTO

Retos de la atención al desplazamiento interno en Georgia <i>Iulia Karashvili</i>	339
---	-----

Crisis política y migraciones: El África Subsahariana en perspectiva <i>Madeleine Alingué</i>	345
---	-----

Conflicto, procesos de paz y soluciones durables al desplazamiento: una perspectiva comparativa <i>Josep Zapater</i>	359
--	-----

Desplazados por la violencia en el Perú: una cuestión de Estado <i>Rocío Paz</i>	379
--	-----

Desplazamiento forzado y reconfiguraciones urbanas¹

Algunas preguntas para los programas de restablecimiento

Gloria Naranjo Giraldo y Deicy Hurtado Galeano²
Universidad de Antioquia

La guerra urbana se desarrolla en un territorio repleto de callecitas, pasadizos, callejones, cañadas, escalinatas y ranchos que forman un laberinto, una maraña de caminos trazada por la sucesión inestable e impredecible de las invasiones de miles de pobladores llegados del campo y de otras barriadas de Medellín, expulsados por la violencia o empujados por la necesidad³.

¿Cómo pensar los procesos de restablecimiento, estabilización socioeconómica e integración social y política para la población desplazada por la violencia asentada en las ciudades colombianas?⁴

En principio vemos dos vías posibles para tratar de explorar más a fondo los programas de restablecimiento establecidos para la atención a la población desplazada por la violencia: primera, la población directamente afectada; y segunda, el fenómeno del desplazamiento forzado en relación con las reconfiguraciones en marcha en las ciudades colombianas.

No nos vamos a referir en esta ponencia al asunto de *la población afectada por el desplazamiento forzado asentada en las ciudades*. Es decir, no nos referiremos a la caracterización de problemas, necesidades y demandas de atención de la población desplazada; tampoco pasaremos revista a la oferta institucional disponible para responder a esta población, o a las estrategias de atención; ni siquiera esbozaremos alguna evaluación de las directrices, criterios y prioridades para prestar adecuadamente tal atención.

Nos referiremos a *la problemática del desplazamiento forzado en relación con las nuevas reconfiguraciones urbanas*. Para esto, nos hemos formulado tres preguntas generales que, como telón de fondo, interrogan los programas de restablecimiento:

1. ¿Existe realmente un “restablecimiento de hecho”, que opera de manera híbrida entre la informalidad y la formalidad, la ilegalidad y la legalidad?; ¿con qué capacidades y potencialidades cuenta la población desplazada para enfrentarse a la ciudad, a los asentamientos populares en donde logra insertarse?
2. ¿Qué caracterización puede hacerse con respecto a la evolución del conflicto armado y las tendencias del desplazamiento forzado en medio de la complejidad del conflicto urbano en la ciudad de Medellín?
3. Si salta a la vista la necesidad de contar con un “enfoque urbano”, con diferencias respecto a lo regional y lo municipal, ¿cómo se debe asumir la investigación sobre el fenómeno del desplazamiento forzado en ámbitos urbanos en Colombia y la atención al mismo?

Las reflexiones que presentamos a continuación pretenden hacer un aporte frente a estos interrogantes. Aunque el horizonte de reflexión son las grandes ciudades de Colombia, la mirada se concentra en la experiencia y el conocimiento sobre la ciudad de Medellín, en el marco del proyecto “*Desplazamiento forzado y reconfiguraciones urbanas. El caso de Medellín y el Área Metropolitana: 1992-2002. Hacia un observatorio del desplazamiento forzado de población en Medellín y el Área Metropolitana*”, que le da continuidad a la línea de investigación “*Desplazamiento forzado, dinámicas bélicas y acción ciudadana*”, del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

La evolución del conflicto armado y las tendencias del desplazamiento forzado en la complejidad del conflicto urbano en Medellín

Para el caso de la ciudad de Medellín, hoy, la evolución del conflicto armado habla de un proceso de urbanización de la guerra y de una tendencia en el desplazamiento con índices crecientes de desplazamiento intraurbano.

Esta situación, no obstante, deviene de procesos de violencia asociados con problemas de la larga duración en la construcción de la ciudad y la ciudadanía: en primer lugar, los problemas estructurales propios del modelo de desarrollo que ha generado profundas inequidades, injusticias y desigualdades para un alto porcentaje de la población, deteriorando cada vez más sus condiciones económicas y sociales. En segundo lugar, los problemas propios de un sistema político burocratizado, excluyente, corrupto e intolerante, que ha eliminado la diferencia por la vía de las armas y que, a su vez, ha motivado la coexistencia de diferentes órdenes con pretensión soberana. En tercer lugar, los problemas culturales que han llevado a la exclusión y al infrarreconocimiento de significativos grupos sociales que han desarrollado expresiones socioculturales y políticas y construido nuevas sociabilidades y formas de identidad, que no transcurren por los canales formales y convencionales de la política y de la cultura.

Adicionalmente, durante la década de 1990, el aumento acelerado de las tasas de homicidio y la degradación del conflicto fueron convirtiendo a la ciudad en un campo de batalla intenso y sangriento, donde los conflictos cotidianos y las relaciones simples de todos los ciudadanos entran en resonancia con las confrontaciones políticas propias de la guerra nacional. Situación que, por lo demás, aparece preocupantemente “invisibilizada”. La manera como entroncó el narcotráfico en la cultura y la vida cotidiana, las empresas sicariales, la apuesta de las guerrillas por trazar estrategias urbanas de actuación y, más recientemente, las pretensiones controladoras e instauradoras del orden de las autodefensas en la ciudad, conducen a plantear que Medellín es una ciudad en la que ninguna zona, ningún territorio urbano, ninguna institución o espacio de socialización ha estado por fuera de las turbulencias de la confrontación que ha alterado enormemente su funcionamiento y sus valores.

En la primera mitad de la década de los años noventa, cuando los organismos de planeación nacional reportaban una “estabilización migratoria” en las ciudades colombianas⁵, un nuevo ciclo de “explosión urbana y social”, emergía y se hacía visible con toda su tragedia humana: el desplazamiento forzado de población, fenómeno que implica reconfiguraciones urbanas en

las ciudades grandes, intermedias y pequeñas, con fuertes dinámicas de urbanización cuantitativa y cualitativa.

Por esto, entonces, se parte de la hipótesis según la cual, a través de los desplazados que llegan a la ciudad, es posible comprender la manera como el conflicto armado nacional se articula, se entremezcla, y se torna más complejo con los conflictos urbanos preexistentes y pervivientes en la ciudad de Medellín. Pero esto no es todo; este fenómeno ha puesto nuevamente cara a cara al campo y la ciudad, articulando a las zonas y las territorialidades urbanas dinámicas y referentes socioculturales y políticos de los territorios en conflicto, que le dan a Medellín la sensación de una nueva explosión social, económica y política: una reconfiguración de las territorialidades, las sociabilidades y las identidades urbanas.

En la actualidad se hace perceptible, por lo menos en la ciudad de Medellín, que los tiempos y los ritmos de las violencias urbanas de los años noventa se articulan indefectiblemente a la “guerra nacional”. La lógica de la guerra se instala ahora en los microterritorios de las ciudades. Una lógica que se hace política en la misma medida en que existen en la ciudad “territorios bélicos” controlados por actores armados contraestatales o paraestatales, o “territorios en disputa” donde también aparecen las Fuerzas Armadas del Estado. A manera de espejo, las zonas rurales se bañan en sangre... y ahora también las ciudades.

Pero, también es claro que más allá de los poderes armados, se presenta una coimplicación de órdenes políticos, de normatividades y legalidades. En fin, de vivencias y experiencias en ambientes “sociobélicos”, caracterizados por miedos y desconfianzas, por la producción de valores y normas de hecho, pero también por la utilización del derecho. Nuevos órdenes híbridos, legales e ilegales, formales e informales, se van haciendo comunes en las ciudades colombianas. En consecuencia, el conflicto vivido y heredado por los desplazados en sus lugares de origen viene a articularse con los viejos conflictos urbanos.

Los desplazados de hoy vienen a activar o a redimensionar los conflictos políticos y de convivencia barrial que han enfrentado los barrios populares, y que, a su vez, habían tenido un anclaje en las historias de procedencia

pasadas. Barrios marcados por la aparición de fenómenos urbanos como el pandillaje, las milicias y las bandas se realimentan con las disputas territoriales que grupos armados, como la guerrilla y los paramilitares, trazan abiertamente sobre la ciudad. Barrios marcados por la ocurrencia de masacres y ajusticiamientos, pero también por un alto índice de inseguridad, que ha llevado a la estigmatización de sus habitantes.

A su vez, las amenazas y persecuciones que los actores armados han desplegado en las ciudades contra los desplazados exacerbaban la posición ambivalente de las comunidades receptoras, demostrando que, a pesar de no ver a los desplazados como seres anormales o inferiores, su presencia impacta la dinámica barrial, ya que se suman nuevos temores y desconfianzas a los que siempre los han acompañado.

Y, en este nuevo campo de batalla, crece el desplazamiento forzado intraurbano. En opinión de Alberto Morales, asesor de la Personería, la mayoría de la gente todavía piensa que los desplazados son sólo las familias campesinas que tienen que abandonar sus parcelas de cultivo, y que ese fenómeno es ajeno a los núcleos urbanos.

De acuerdo con el funcionario, pese a que no existe un censo, el número de hogares desarraigados por culpa de la guerra entre milicias y autodefensas en el interior de Medellín suma miles en Santo Domingo Savio, Popular, Ocho de Marzo, Veinte de Julio, Belencito, Blanquizal, Villa Laura, Betania, Trece de Noviembre, Villa Tina, La Sierra, El Pinal, Los Mangos y Efe Gómez, barrios de las periferias en los que, denuncian los habitantes, hay cuadras desoladas, marcadas por el abandono y los *graffitis* en aerosol en los que los grupos armados se retan a muerte y se culpan de las desgracias de los que se marchan.

Hoy como ayer, se trata de escenarios de vida y muerte, de conflictos y negociaciones, de exclusiones e inclusiones y de una gran estigmatización sentida y padecida por los nuevos y viejos habitantes urbanos.

Las ciudades colombianas se replantean permanentemente con la presencia de migrantes y desplazados, parecen consolidar estructuras donde se agudizan la exclusión, la intolerancia y la inequidad, fenómenos que ponen

en cuestión las pretensiones y ejercicios planificadores institucionales y la formación de ciudadanos virtuosos y de sujetos portadores de derechos. Por eso, a menos que decidamos (o permitamos) entregar la solución de los conflictos urbanos al azar o al poderío de las fuerzas en juego en la ciudad, se impone una reflexión acerca de la justificación del derecho a la ciudad para los desplazados por la violencia política. Ello ha de hacerse en el horizonte de una nueva gramática del ejercicio ciudadano, esto es, del reconocimiento económico, social, político, cultural y jurídico.

Desplazamiento forzado y colonización urbana: el “restablecimiento de hecho” en las ciudades

Capacidades y potencialidades de la población desplazada

Reconocer las capacidades y potencialidades de los desplazados impone un reto: dejar de lado las visiones que sobre ellos se han construido en términos de bandidos, damnificados, desvalidos, víctimas o epidemia social, y que refuerzan la estigmatización social que recae sobre esta población.

La representación del desplazado bandido parte de la idea generalizada y el lugar común según el cual, si alguien es amenazado y tiene que dejarlo todo, “por algo será”, “alguna deuda sin saldar tendrá”. Bajo esta representación, los desplazados son vistos, entonces, no como víctimas de la guerra sino como actores del conflicto armado que están involucrados con cualquiera de los bandos. Se generaliza la idea de que no son personas de fiar, son asociados con delincuentes y su llegada al barrio es percibida como fuente de inseguridad. Los pobladores de los barrios “(...) opinan que detrás de los desplazados vienen los problemas, los asalta el temor de que estos hereden y traigan una historia de enfrentamientos que agudice o reviva los conflictos en el barrio.”⁶

La imagen del desplazado damnificado o desvalido, además de activar sentimientos de conmiseración y condolencia, que se expresan en la limosna y en la compra de dulces en los buses y semáforos, también activa solidaridades vecinales y hasta familiares con los desplazados durante los primeros meses, mientras se insertan en las tramas de la ciudad, a fin de garantizar por esa vía elementos fundamentales para la subsistencia: co-

mida, vestido, techo. Pero esta imagen de desvalidos y damnificados impide concebirlos como ciudadanos colombianos, como sujetos con derechos plenos.

Afirmamos, entonces, que los desplazados expulsados a la ciudad no pueden verse más como los desvalidos, los bandidos ni como los disruptivos del orden, que han venido a alterar la “coherente” estructura urbana. Antes bien, ellos son el resultado, apenas lógico, de un orden societal injusto, intolerante, que ha perpetuado patrones de concentración de la propiedad y del ingreso y tolerado altos índices de pobreza y miseria. En fin, son también el producto de un Estado que, sumido en un burocratismo y una corrupción extrema, pierde aceleradamente su capacidad de control, cediendo el paso a otros actores (armados, las más de las veces) para que tomen decisiones sobre el devenir de la población civil a la que someten e intimidan.

La población “en situación de desplazamiento forzado”, instalada en los márgenes de la sociedad y en “la periferia de las periferias” de las ciudades, simboliza un conflicto moral, social y político, directamente conectado con exclusiones materiales (agudización de las condiciones de empobrecimiento) y simbólicas (profundización de las condiciones que generan estigmas culturales y heridas morales) y con discriminaciones políticas (despojo generalizado de derechos).

Lo cierto es que en esta nueva colonización urbana por la vía de los desplazados existe una mezcla de ciudadanos en la que se está gestando un ambiente de hostilidades, pero también de nuevas relaciones y solidaridades. Entre desplazados y viejos pobladores populares se presentan tensiones derivadas de los sentimientos de desconfianza y competencia por la apropiación del territorio, pero también se activan relaciones de solidaridad y se genera conciencia de historias compartidas de estigmatización y despojo de derechos .

Los desplazados traen consigo su biografía, marcada por las características socioculturales de la comunidad de procedencia, el papel social que habían cumplido en ella y unas destrezas sociales y culturales. Es decir, traen sus propias formas de nombrar, de relacionarse, técnicas para construir sus ca-

sas, pautas de crianza, dietas alimentarias y estrategias de expresión de las más diversas procedencias regionales. Se trata de experiencias y saberes que se ponen en escena en las ciudades, y a partir de los cuales se generan forcejeos, tensiones y negociaciones para hacer posible la copresencia en medio de la diferencia.

Los conflictos en la convivencia cotidiana, desencadenados tanto por las marcas de la violencia como por la heterogeneidad cultural, muestran que en los asentamientos de desplazados no se instaura un comunismo homogéneo, sino que las diferencias perviven y que, en medio de éstas, tienen que inventar distintas estrategias para garantizar el control social de quienes allí habitan. Estrategias que van desde la existencia de figuras coordinadoras y dirigentes, hasta las comisiones de vigilancia y el control de algún grupo armado, que permiten resolver los asuntos de la vida privada, los conflictos intrafamiliares y vecinales. Es todo esto lo que les permite construir y reconstruir relaciones de vecindad, pero también conflictos, y, también, lo que va a marcar definitivamente la manera de ser y habitar los nuevos territorios, los barrios de llegada.

Pero los desplazados no sólo despliegan estrategias internas para la organización de sus asentamientos; despliegan, además, estrategias hacia fuera, y son éstas las que más claramente dan cuenta de su lucha por el reconocimiento, por la inserción en la ciudad, que se constituye en el objetivo común, situado por encima de las diferencias culturales y políticas. Así pues, la pobreza, la desposesión de derechos y la búsqueda de la inclusión se convierten en estrategias movilizadoras y en argumentos con los cuales los desplazados entablan las negociaciones con el Estado y con entidades privadas que tienen como objetivo la población desplazada. Es esto lo que los lleva a establecer alianzas para garantizar la supervivencia, realizando obras comunes, reaccionando ante el señalamiento de otros. El esfuerzo colectivo, la solidaridad y el trabajo mutuo se convierten en clave para la construcción de las identidades barriales. A pesar de ser los 'nuevos' en el barrio, los desplazados no son del todo diferentes a los migrantes de décadas anteriores, ya que comparten su condición de migrantes pobres y la situación de

anónimos y desconocidos en la ciudad, que anteriormente los hoy establecidos padecieron.⁷

Aunque la relación entre los desplazados y el gobierno local está enmarcada en la imagen de los desplazados como violentos y disruptores del orden, tiene un elemento significativo: como parte de su lucha permanente por insertarse en las tramas socioculturales, económicas y políticas de la ciudad, los desplazados han puesto en marcha diversas estrategias de gestión para acceder a algunos recursos de que dispone el Estado.

Justamente por esto es necesario volver la mirada a la heterogeneidad, a la diversidad que evidencian los desplazados que llegan a la ciudad. Se trata de volver a mirar hacia aquellos lugares de frontera, hacia la vida cotidiana, cargada siempre de nuevas reivindicaciones y luchas, de nuevos actores y estrategias que se entremezclan con otros para crear una mixtura particular entre lo viejo y lo nuevo, entre lo tradicional y lo moderno⁸. Es necesario visibilizar estos sectores y reconocerlos como una energía social, portadores de unos aprendizajes ciudadanos en los cuales las formas de vida y actuación modernas no nieguen sino, más bien, mantengan relaciones de acoplamiento y complementariedad con las formas de vida y organización tradicionales y postmodernas.

A pesar del despojo de derechos y de las heridas morales, el desplazamiento es una experiencia cargada de significados para quienes, forzados a dejar el campo, una vez llegados a la ciudad toman la decisión de quedarse en ella⁹. Contrario a las visiones que sólo encuentran en este fenómeno una fuente de descomposición y desestructuración, los desplazados –como los migrantes del decenio de 1960– son clave fundamental en la construcción de las ciudades. A través del desplazamiento es posible palpar cómo surgen nuevos sujetos que ponen de manifiesto la existencia de la diferencia y la heterogeneidad. Sujetos en tránsito a pobladores urbanos, portadores de habilidades y destrezas, y con capacidad para nuevos aprendizajes de la modernidad urbana. Esto –que viene a manifestarse en sus posibilidades para producir o, mejor, coproducir procesos de urbanización, economías informales, culturas populares y organizaciones comunitarias de diverso tipo– sucede, como veremos a continuación, en un nuevo proceso de colonización urbana.

Nueva colonización urbana con rostro de desplazado

Desde el enfoque mediante el cual hemos venido abordando el desplazamiento forzado de población, un asunto ha quedado claro: es importante avanzar en un análisis consistente de la manera como *la problemática del desplazamiento forzado* está produciendo *nuevas reconfiguraciones urbanas* en las grandes y medianas ciudades, que se han convertido en los destinos privilegiados por quienes han tenido que abandonar su tierra. Decimos, entonces, que más allá, o al margen de las políticas diseñadas para atenderla, la población desplazada está llevando a cabo un “restablecimiento de hecho”, no como situación transitoria sino como una posibilidad de reconstruir su proyecto de vida.

En tal sentido, planteamos que se trata de una nueva colonización urbana, en la cual se encuentran involucrados tanto los pobres históricos como los desplazados que vienen llegando desde finales de la década de 1980 a la ciudad de Medellín. En los años recientes, de nuevo la ciudad se ha visto abocada a procesos de ocupación de zonas deshabitadas mediante tomas, invasiones o posesiones, lo cual ha establecido relaciones más o menos fluidas y más o menos conflictivas con urbanizadores piratas, con líderes políticos y con el Estado mismo. Esto no sólo da cuenta de cambios en la estructuración física de la ciudad; también permite constatar que están en curso nuevos procesos socioculturales, políticos y organizativos propios de lo que se ha llamado ‘colonización urbana’¹⁰.

La conquista y la inserción en la ciudad como objetivo, como fin de los desplazados, pone de presente que el desplazamiento forzado acrisola cultural y políticamente a las urbes. El desplazado que se exilia en la ciudad hace parte de ella en el momento en que toma la decisión de quedarse. Sin embargo, esa decisión del sujeto no implica un reconocimiento inmediato por parte de la ciudad y la sociedad de llegada. Se produce un proceso de inclusión-exclusión, un forcejeo en medio del cual se determina quiénes tienen derechos y quiénes quedan por fuera de esta categoría, desde un horizonte normativo y jurídico.

La ciudad, ahora con los desplazados, sigue asistiendo a la construcción de territorios barriales por la vía de esta nueva colonización urbana, marcada

nuevamente por una relación de conflicto con el Estado y con el resto de la sociedad urbana. Es decir, el sentido de *co pertenencia* se ha construido, necesariamente, a partir del *conflicto por el uso y ocupación del espacio urbano*¹¹, que es desigual por las relaciones de poder existentes, y es allí donde viene a construir y reconstruir sus formas de relacionarse la población desplazada. Los desplazados por la violencia, antes que asumir la inminencia de la muerte como un trazo indeleble que el destino les tiene prefigurado, emprenden la búsqueda –que es un peregrinaje– de algún lugar que les permita escabullirse de quienes se han abrogado el derecho de decidir por su vida o su muerte. Contrario al campesino que llegó en el decenio de 1960 a la ciudad, el desplazado por la violencia de la década de 1990 ha tenido experiencias previas de colonización; muchos de ellos se han trasteado por diferentes regiones influidas por megaproyectos económicos, políticos y culturales: Magdalena Medio, Urabá, Chocó, Córdoba. Trayectorias de ida y vuelta que habían emprendido con el objetivo de fundar y construir vida y que en los años recientes se han activado, pero con una diferencia, el destino final es la ciudad de Medellín u otras medianas y grandes ciudades, a las cuales llegan, además, con pericias sobre cómo distribuir y controlar el territorio, prácticas de control social para dirimir los conflictos, argucias para gestionar recursos y habilidades para moverse en medio de actores y visiones político-militares antagónicas.

Por eso, la población desplazada por la violencia que llega a instalarse en los lugares más difíciles para la vida humana, despliega múltiples estrategias para insertarse en la ciudad: la instalación de servicios públicos, la inserción en las escuelas y guarderías, el acceso a la salud, entre otros. La inserción de los desplazados en la ciudad, en calidad de pobres absolutos, está produciendo una suerte de expansión y densificación de la ciudad hacia su periferia, se están instalando en lo que se ha llamado la ‘periferia de la periferia’. Llegan para sumar exclusiones de nuevo cuño a las que venían operando desde décadas anteriores y aún no habían sido saldadas por el Estado ni por la sociedad en su conjunto.

Lo que los desplazados han venido a anunciar es la gran heterogeneidad que ha marcado a las ciudades, siempre construidas desde los “pedazos” de

región que los desplazados de otras décadas, los migrantes económicos y los destechados intraurbanos le han aportado a las urbes de hoy. Como en décadas pasadas, los nuevos pobladores han llegado a la ciudad para redefinir las centralidades mediante *luchas por el derecho a la ciudad*. Aunque la ciudad de Medellín y el departamento de Antioquia hicieron grandes esfuerzos por diseñar planes estratégicos, el desplazamiento forzado muestra que la ciudad del siglo XXI, enmarcada en la idea de la mejor esquina de América, (si se le sigue tratando como un asunto marginal) estará cuestionada por una injusticia moral, social y política con rostro de desplazado.

Es claro, pues, que nuevos pobladores siguen llegando a la ciudad con la intención, la necesidad –y el derecho– de quedarse, pero nuevamente el Estado y sus instituciones se debaten entre la atención humanitaria de emergencia y la incapacidad para garantizar el restablecimiento con una reubicación digna en las ciudades, muy a pesar de la Ley 387 de 1997 y de los esfuerzos realizados por la Red de Solidaridad Social a nivel nacional, más claramente desde el año 2000. Está claro que “la reubicación en las ciudades”, más allá de lo que quiera o pueda reconocer la política pública de atención a esta población, es un proceso de “restablecimiento de hecho” que avanza aceleradamente.

Un “enfoque urbano” para
las propuestas de investigación:
conflicto, territorio, acción colectiva y ciudadanía

Es necesario desarrollar propuestas investigativas y de producción de conocimiento sobre los contextos urbanos conflictivos y las dinámicas propias del desplazamiento en las ciudades, en sus relaciones de doble vía, las características socioeconómicas, culturales y políticas de la población desplazada y sus múltiples imbricaciones en dinámicas socioculturales y bélicas. Esto quiere decir que, más allá del análisis de la evolución del conflicto armado-desplazamiento, se requiere un análisis contrastado de las dinámicas bélicas urbanas y de su relación con el conflicto armado interno, de las dinámicas territoriales propias de la vida urbana y de las dinámicas sociales organizativas y participativas. Conocer en detalle cuál es la ciudad y cómo son los asentamientos que “reciben” a la población desplazada.

A pesar de la magnitud del desplazamiento y del gran impacto en la reconfiguración de la ciudad, Medellín es una ciudad que no está preparada para acoger a los desplazados, las instituciones y el gobierno local no están dispuestos a integrarlos, a reconocerlos, y existen unos estudios e investigaciones dispersos y poco rigurosos. El desplazado se sigue viendo como ese “otro”, esa epidemia que contagia y que debe ser erradicada, retornada. Cada día estamos viendo en la ciudad nuevos segregados, nuevos invisibilizados, nuevos excluidos y despojados de los derechos fundamentales.

Esta situación de infrarreconocimiento y exclusión padecida por los desplazados no sólo está relacionada con las políticas públicas, con las visiones y percepciones de la élite política y económica; también tiene que ver con el lugar marginal que este problema ocupa en la opinión pública de la ciudad, con la falta de propuestas teóricas y analíticas que permitan trascender las noticias coyunturales y los afanes cuantificadores.

A nuestro modo de ver, la producción académica sobre el desplazamiento forzado ha tenido mayores desarrollos teóricos y analíticos desde la perspectiva de las regiones y municipios donde se producen los hechos del desplazamiento; pero el impacto de este fenómeno en la ciudad, las dinámicas que genera, los conflictos que produce y el tipo de ciudad y de ciudadanía que por esa vía se está construyendo, es un campo que requiere nuevas exploraciones.

Para esto es necesario avanzar en el diseño de una propuesta teórica y metodológica que permita un acercamiento permanente al desplazamiento forzado en su relación con las nuevas reconfiguraciones urbanas. Se requiere un marco analítico e interpretativo para conocer la lógica del desplazamiento y del conflicto armado, el modo en que estos fenómenos están impactando la configuración urbana, en términos poblacionales, culturales, políticos, y cómo se han articulado con la lógica del conflicto urbano.

En consecuencia, para la propuesta de trabajo en ámbitos urbanos –y teniendo a la ciudad de Medellín como estudio de caso–, el trípode analítico para abordar el desplazamiento será: en primer lugar, *el conflicto urbano*, en segundo lugar, *las territorialidades urbanas* y, en tercer lugar, *la acción colectiva y la ciudadanía*. Es claro que la puesta en marcha de este enfoque teórico, como camino para lograr análisis más integrales del fenómeno, requiere la cons-

trucción rigurosa y cuidadosa de sistemas de información cualitativos, cuantitativos y geográficos sobre el desplazamiento en la ciudad de Medellín.

Un “enfoque urbano” para las propuestas de atención: con dignidad humana y solidaridad social

Mucho más urgente es un “enfoque urbano” para las propuestas de atención a la población desplazada que llega a las ciudades grandes e intermedias. La integración de las personas desplazadas con las comunidades receptoras en los espacios periféricos de la periferia de las grandes ciudades exige que las respuestas se enmarquen en políticas públicas de atención integral a los asentamientos populares de las grandes ciudades, ahora compuestos por población desplazada y por viejos pobladores urbanos. Se necesitan programas integrales de restablecimiento político, socioeconómico y cultural con “enfoque urbano”.

La situación límite a la cual se ve abocada la población desplazada por razón de la expulsión de sus territorios genera el entramado de una historia colectivamente vivida, similares despojos, pérdidas y desarraigos y heridas morales surgidas del sentimiento de exclusión y de la ausencia de reconocimiento. Y es precisamente en ese nuevo entramado socio-moral donde los desplazados pueden encontrar elementos de auto-conocimiento y reconocimiento, que les provean de nuevas identidades desde las cuales articular orgánicamente sus demandas de estabilización socioeconómica, reconocimiento social, inclusión política, reparación moral y, sobre todo, el reconocimiento como sujetos de pleno derecho, tanto en la comunidad nacional como en la ciudadana.

Este es el contexto ético y político en el cual se pueden definir los campos de las reparaciones y las compensaciones que los gobiernos, los actores responsables y los colectivos sociales deben asumir para con todos los afectados por este desastre humanitario, de cuya resolución favorable depende, al mismo tiempo, la posibilidad de construir la paz y fundar sobre bases más firmes el desarrollo democrático.

Los programas de restablecimiento no pueden perder de vista que avanzan, apenas, en la reparación de la violación múltiple de derechos que es el

desplazamiento forzado de población. En esta medida, se justifica su articulación como “*política social especial*”. Pero, tal como en el papel lo formula la política de atención a la población desplazada, hay que apuntar hacia el objetivo de garantizar la cesación de la condición de desplazados, y en esto se pone en juego el reconocimiento de los derechos políticos, sociales y culturales como ciudadanos y el trato igualitario por parte del Estado y de la sociedad en su conjunto con una “*política social general*”.

Por esto, se requiere una política de atención integral, centrada en la dignidad humana y en la solidaridad social, que tenga en cuenta los siguientes aspectos:

Estabilización socioeconómica

La pérdida que sufren los desplazados de sus espacios de residencia y de trabajo, de sus propiedades y sus pertenencias abandonadas, exige una reposición material y una mitigación para su situación de desamparo; se requiere, entonces, la *estabilización socioeconómica* en el lugar escogido por el desplazado de manera autónoma, libre de presiones para un retorno sin garantías, haciendo realidad el derecho a la libre movilización por el territorio de su nación y el derecho a la ciudad o a encontrar, como dice Hanna Arendt, “un nuevo lugar sobre la tierra”.

Reconocimiento social

Sus heridas morales, sus pérdidas afectivas y sus desarraigos, demandan el *reconocimiento social* que amerita la dignidad de los desplazados, como personas lesionadas por los sufrimientos, las humillaciones y los vejámenes de que fueron víctimas; el reconocimiento implica devolverles el respeto al que tienen derecho y el sentido de pertenecer a un colectivo nacional y regional del cual son parte importante. El reconocimiento social es la condición para la construcción de identidades sociales desde las cuales demandar su inclusión en el *demos* o *corpus* político de la nación.

Inclusión política

Esta condición de liminalidad que prefigura el desplazamiento forzado, unida a la pérdida de protección de sus propios gobiernos y a la copresencia de varios órdenes políticos, con sus respectivas exigencias normativas, consti-

tuyen en la práctica una negación de la ciudadanía y de la nacionalidad; de ahí que se demande la *inclusión política*, el derecho a tener derechos, a reclamar protección del Estado y a vivir dentro de una legalidad, así como de participar en la vida pública; es desde la condición ciudadana desde donde se pueden demandar los demás derechos conculcados.

Reparación moral

La *reparación moral* es una consecuencia lógica de las pérdidas y los resarcimientos anteriormente descritos; la estabilización económica, el reconocimiento social y la inclusión política no son suficientes, es necesario reparar los daños morales causados; esto demanda, al menos, el esclarecimiento de las responsabilidades individuales o de grupo de aquellos actores, armados o desarmados, involucrados en los eventos que propiciaron los éxodos forzados; inscribir en la historia de los pueblos y las comunidades locales afectadas la memoria de esa gran vergüenza nacional; construir un sentido histórico colectivo que les permita a los afectados interpretar su drama personal y familiar en contextos explicativos más globales y generales; es necesario guardar en la memoria de la nación y preservar del olvido individual y colectivo los acontecimientos trágicos que entrañan para el país y para los individuos las situaciones vividas por quienes tuvieron que afrontar los éxodos forzados por el conflicto armado.

Para concluir, vale la pena recalcar que cualquier política de restablecimiento deberá tener en cuenta estos procesos en los cuales se articulan conflictos urbanos preexistentes con nuevas tensiones y conflictos; pero en los cuales también, y esto es supremanente importante, se despliegan capacidades y potencialidades articuladas con apoyos y solidaridades. Así, entonces, es responsabilidad del Estado y de la sociedad el compromiso con una política pública que garantice la dignidad humana y la solidaridad social como clave para la convivencia social.

Notas

- ¹ Esta ponencia se inscribe en el proyecto de investigación “Desplazamiento forzado y reconfiguraciones urbanas. El caso de Medellín y el Área Metropolitana: 1992-2002. (Hacia un observatorio del desplazamiento forzado de población en Medellín

- y el Área Metropolitana)”, financiado por el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia (CODI).
- ² Las autoras son profesoras e investigadoras del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Gloria Naranjo Giraldo es antropóloga, magíster en ciencia política; y Deicy Hurtado Galeano, socióloga, especialista en animación sociocultural y pedagogía social.
 - ³ Carlos Alberto Giraldo, “Guerra en la ciudad”, en *El Colombiano*, Medellín, 28 de abril de 2002.
 - ⁴ Una amplia mayoría de la población desplazada por la violencia en Colombia se niega a retornar, y ha decidido quedarse en las ciudades grandes e intermedias. Queda así “reubicada” y en proceso de “restablecimiento”. Una etapa de atención que es fundamental, pero que las leyes y decretos no alcanzan a cubrir, pues el grueso del presupuesto se destina a la atención humanitaria de emergencia.
 - ⁵ Departamento Administrativo de Planeación Nacional. *Seminario: Políticas e instituciones para el desarrollo urbano futuro en Colombia*, Bogotá, 1993.
 - ⁶ Marta Nubia Bello y Claudia Mosquera. “Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas”, en Fernando Cubides y Camilo Domínguez, eds., *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Bogotá, Observatorio Sociopolítico y Cultural, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999, pág. 466.
 - ⁷ *Ibid*, pág. 456.
 - ⁸ Es en investigaciones como las de Eric J. Hobsbawn y Albert Soboul, y más claramente aún en las de Edward P. Thompson, donde se hace presente un cambio de perspectiva: la asunción de la dimensión política que atraviesa y sostiene los movimientos de protesta, articulando formas de lucha y cultura popular. Véase: Jesús Martín Barbero, “Cultura política de la resistencia popular”, en *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1987, págs. 124 - 132.
 - ⁹ Carlos Franco, “Exploraciones en ‘otra modernidad’: de la migración a la plebe urbana”, en “Fin de Siglo”, núm. 5, Santiago de Cali, Universidad del Valle, junio de 1993, págs. 16 - 32.
 - ¹⁰ Jacques Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana. Siglo XIX y XX*, Bogotá, Biblioteca Popular, Colección Textos Universitarios, 1992, pág. 558.
 - ¹¹ Wilfer Bonilla et al, *Voces que hacen ciudad*, Medellín, Instituto Popular de Capacitación, 1998, pág. 159.